



EXPERIENCIA HISTORICA:
1936, REVOLUCIÓN SOCIAL
EN LA REGIÓN ESPAÑOLA



Entre julio de 1936 y abril de 1939 se sucedieron en la región dominada por el Estado español los acontecimientos en que se definió un periodo de posibilidad claramente revolucionaria. En aquellos momentos la fuerza social autodeterminada en la construcción de la libertad tomó las armas, ocupó las calles, expropió fábricas, talleres y campos,...pero no terminó de destruir al Estado, lo que significó al fin el triunfo de la represión y la contra revolución de la mano de los partidarios y defensores de la autoridad. Es ahí que la lectura hegemónica sobre los hechos plantea que, frente al ascenso de la izquierda al poder tras el triunfo electoral, una parte del ejército, liderada por el fascista Francisco Franco se subleva en el intento de dar un golpe de Estado, desatando una guerra civil: el pueblo en armas toma las calles en defensa de la República pero es derrotado por las fuerzas fascistas.

Una lectura anarquista de la cuestión tiene otras caracterizaciones, porque los acontecimientos tienen otra profundidad que los políticos de todas las tendencias se empeñan en “ignorar” u ocultar.

La intención de este artículo no es realizar una simple reseña. Se quiere sí, hacer un ejercicio de memoria histórica para reivindicar la entrega de las multitudes rebeldes, a las compañeras y compañeros, y sobre todo para asumir esa identidad y experiencia en la que también tenemos que aprender y proyectar la lucha-. Tampoco hacer hincapié en las realizaciones, como las colectivizaciones del campo y la industria, aunque sean hechos importantes, pero sucede que la acción de tomar lo que existe y socializarlo nos resulta evidentemente posible, (lo mismo que la “autogestión”). Lo que nos resulta sumamente útil es, en esa intención de aprender y continuar, analizar los puntos concretos de ruptura, la determinación de las formas de defender y extender esa posibilidad de colectivización de forma revolucionaria, en las

lógicas que hacen a las acciones, que deben ser pensadas tratando de acercarnos a una claridad lo más nítida posible, en este caso, sobre los acontecimientos que determinaron el triunfo de la contra revolución.

Sabemos que las condiciones y aquellas situaciones concretas de revolución social a las que nos referimos no volverán a repetirse exactamente iguales y que hoy, acá y ahora, pareciera estamos a años luz de una situación de tales magnitudes; sin embargo, entendemos que la práctica revolucionaria es siempre, en todo momento, la acción coherente con esa liberación que tenemos la responsabilidad de pensar, proyectar y crear.

Es en este sentido la importancia de la crítica: aunque parezca exagerado, la continuidad de la revolución y la contra revolución se debaten también hoy en cada iniciativa, en los criterios y las formas que, aunque sean de acciones que pueden resultarnos “pequeñas” (en afiches, pintadas: el lenguaje, los conceptos y su proyección practica; nuestra participación, actitud, conducta en la lucha social), pueden portar en si una amplitud de libertad y coherencia, o los mecanismos políticos que socavan la posibilidad a futuro conteniendo en sí mismos el sofocamiento de la esencia anarquista. Porque de eso se trata: no de un programa, ni de reglas, ni de “dogmatismo” o “purismo” (no aceptar ser parte en dinámicas de poder, rechazar la policía como cuerpo y mentalidad en cualquiera de sus formas... expresión de coherencia, sinceridad y determinación, resultan “dogmatismos” y expresión de “purismo” para otros); se trata de visualizar la esencia de libertad en la que se constituye el anarquismo, esencia que a su vez tiene que mantenerse libre de todo el entramado de especulación, acomodo, conveniencia propia de quienes hacen de la lucha social una cuestión de gestión, de economía, de política.

Por el espacio limitado con que se cuenta faltará un desarrollo más “contundente” a base de citas concretas que ejemplifiquen situaciones y posiciones, pero los interesados pueden y tienen que indagar en la historia por si mismos... se trata, dentro de las posibilidades y a partir de los posicionamientos en que nos situamos -y que han sostenido las compañeras desde antes-, de una invitación al debate siempre necesario sobre las formas y el contenido de la lucha.

Reproducimos, como para entrar en claridad sobre la dimensión de los acontecimientos revolucionarios, fragmentos del capítulo “El levantamiento militar y la respuesta revolucionaria” del libro “Revolución y contra revolución en Cataluña” de Carlos Seprum Maura.

El edificio del Estado burgués se había derrumbado en todo el país: «No queda más que el polvo del Estado, las cenizas del Estado», escribirá un jurista republicano. Dolores Ibarruri (como los demás dirigentes del PCE), lamentaba esa situación «Todo el aparato del Estado quedó destruido y el poder del Estado pasó a la calle». Pero los comunistas no iban a tardar mucho en dedicarse a restablecer el poder del Estado.

Aunque esta situación era general en toda la zona republicana, fue en Cataluña donde ese fenómeno, adquirió mayor amplitud. Esto es cierto no solo en lo que se refiere a los poderes políticos, militares y represivos, sino también en lo que se refiere a las relaciones sociales y económicas entre los hombres. Todo fue cambiado, arrastrado, transformado por la gran marea revolucionaria desencadenada, muy en contra de su voluntad, por el levantamiento militar.

En Barcelona, los obreros en armas eran los dueños de la ciudad y se dedicaron a transformar inmediatamente su fisonomía: incendiaron las iglesias (excepto la catedral, considerada como una «obra de arte»), o bien las convirtieron en escuelas, salas de reunión, mercados cubiertos, etc. Se crearon nuevos tribunales revolucionarios y se disolvieron los antiguos; por lo general, los magistrados más reaccionarios fueron ejecutados; los archivos judiciales, quemados, las puertas de las cárceles, abiertas no sólo a los presos políticos, sino también a los de derecho común. Las organizaciones obreras organizaron los Comités de abastos encargados del abastecimiento de víveres, sustituyendo casi en todas partes al comercio privado. Otros comités, especialmente el Comité de la Escuela Nueva Unificada, formado por militantes de organizaciones obreras y universitarias, se encargaron de la educación, abriendo en pocos días 102 escuelas nuevas. Las Patrullas de Control vigilaban las calles y las carreteras. Los puestos fronterizos con Francia, al norte de Cataluña, también eran controlados por los obreros. Y sobre todo, las milicias obreras se encargaron de la lucha contra los militares: cuatro días después de que acabaran los combates en Barcelona, una columna de obreros armados salió, dirigida por Durruti, a liberar Zaragoza. Marchará sobre Aragón (...) aplicando el método propuesto por el anarquista italiano Malatesta: «*Apoderarse de una ciudad, o de una aldea, neutralizar a todos los representantes del Estado e invitar a la población a organizarse libremente por sí misma*». No tengo la más mínima intención de ofrecer aquí una visión idílica; eso no siempre se hizo sin conflictos ni errores, e incluso sin crímenes, pero se hizo.

Los trabajadores catalanes, que estaban en huelga desde el 18 de julio, empezaron a apropiarse y a autogestionar la inmensa mayoría de las empresas

industriales y comerciales, así como los servicios de Cataluña. Hay que señalar que esto lo hicieron espontáneamente las masas sin orden ni consigna de ninguna organización, ni siquiera de la CNT. Esta, durante los primeros días que siguieron al levantamiento, dio prioridad absoluta a la lucha contra los militares y, en ese aspecto, fue ampliamente desbordada por sus militantes y las masas en general. El primer manifiesto de la FAI, difundido por radio el día 26 de julio, hablaba de la «hidra fascista», pero no decía una palabra de la revolución social que se estaba desarrollando. El día 28, la Federación local de sindicatos de la CNT, lanzó la orden de volver al trabajo por las necesidades de la guerra, pero sin dar la menor consigna revolucionaria. Pero los obreros no se conformaban con «volver al trabajo», es decir, con volver a ponerse a las órdenes de sus patronos. A partir del 21 de julio, es decir, al día siguiente de la victoria sobre los militares, la prensa estaba llena de relatos muy reveladores del nuevo «estado de ánimo» de los obreros; en todas partes, grupos de obreros armados procedieron a las incautaciones. Vestidos con sus monos, pañuelo rojo, o rojo y negro, al cuello, en la cabeza una boina o una gorra, con armas muy heteróclitas, entre las que predominaba el fusil Máuser, eran verdaderamente el pueblo armado en acción. Un grupo de obreros «se presentó en las oficinas de la Compañía de Tranvías de Barcelona, incautándose de la misma y del fichero social que de los obreros tranviarios poseía la compañía, siendo quemado en mitad de la calle». Todos los servicios y medios de comunicación y de transporte fueron incautados por los obreros catalanes por ese procedimiento. Desde el día 21 los ferroviarios se apoderaron del ferrocarril. Se constituyeron en Comités revolucionarios y organizaron la defensa de las estaciones por los mismos ferroviarios, armados con fusiles y ametralladoras. El movimiento de las incautaciones afectó a todos los sectores de la industria catalana: en Cataluña fueron incautadas el 70 % de las empresas.

Por supuesto, este maremoto tenía que incidir en todos los aspectos de la vida. Era la «gran fiesta revolucionaria» en la que todos los lazos de sujeción, cualesquiera que fuesen, quedaban temporalmente rotos. Es muy significativo que los políticos e ideólogos no digan nada de la alegría que, durante esos días se apoderó de hombres y mujeres en la Cataluña revolucionaria. Pero, sin embargo esa felicidad, esa loca alegría (loca, también, porque el peligro fascista estaba aterradoramente presente y los cadáveres apenas habían sido enterrados) llamó poderosamente la atención a algunos testigos. F. Borkenau, a su llegada a Barcelona, contó que: *«Y entonces, al doblar la esquina de las Ramblas (la arteria principal de Barcelona), surgió una tremenda sorpresa: ante nuestros ojos, como un relámpago, se desplegó la revolución. Era algo abrumador. Como si hubiésemos desembocado en un continente diferente a cualquiera de los que nos hubiese sido dado ver con anterioridad. En todas las casas, en todas las paredes, en todas las ropas, en todos los automóviles, en los vagones de tren, en todas partes, hay inscripciones y dibujos que simbolizan la lucha contra el fascismo y la voluntad de la Revolución. Algunas veces son auténticos cuadros: los ferroviarios, sobre todo, tienen, a lo que parece; una inclinación muy marcada por la pintura.»*

Sin duda, el hecho de que los ferroviarios den rienda suelta a su «inclinación por la pintura» también era una señal de las transformaciones que se estaban produciendo. Borkenau, cuyas opiniones políticas son «moderadas», pero que cuenta lo que ve con honestidad, subraya: *«En esta atmósfera de entusiasmo general no hay problemas para hablar con quien sea (...) y todos, en un minuto, son amigos de todos».* En efecto las barreras se habían roto, el Estado estaba hecho añicos, la policía, disuelta, los patronos huían, las fábricas pertenecían a los obreros, ¡todo era posible!. Incluso la situación de las mujeres, que durante siglos habían estado encadenadas a la familia, al marido, a la cocina, a la procreación, atadas por tabúes religiosos y sociales, dentro de una de las más severas y siniestras tradiciones mediterráneas, parece que había cambiado de golpe: *«... las calles estaban llenas de grupos excitados compuestos de jóvenes armados —sigue hablando Borkenau— y de no pocas mujeres armadas también; estas últimas se comportaban con una despreocupación poco habitual entre las españolas cuando se muestran en público (antes de la revuelta hubiese sido inconcebible para una española presentarse en pantalones, como hacen ahora, invariablemente, las milicianas)».* Otro tanto podría decirse sobre la juventud. Esta última, como se sabe, es la protagonista de las revoluciones. Pero en España la sujeción familiar —a pesar de la propaganda libertaria— era particularmente dura y opresiva. Los hijos debían obediencia a sus padres prácticamente hasta la muerte de estos. La jerarquía familiar —no hay que olvidar que España era entonces un país eminentemente agrícola— era casi tan rígida entre los trabajadores de «izquierdas» como entre las familias católicas y reaccionarias. Pero en las calles, en las fábricas y en el frente, los muchachos (algunos no habían cumplido todavía los dieciséis años) y las muchachas, empuñando el fusil, se desprendieron alegremente de las tradiciones seculares y del «peso muerto del pasado sobre los cerebros de los vivos». ¿A alguien le puede asombrar que las masas, en un gran movimiento espontáneo, se enfrenten a un tiempo y con la misma fuerza (aun cuando no todos sean plenamente conscientes de ello) a todas las opresiones, y a todas las estructuras jerárquicas de la sociedad, arbitrariamente divididas y separadas en esos terrenos privados e ilusorios a los que llamamos lo «político», lo «económico», lo «social», lo «familiar», y, por qué no, lo «cultural»?

George Orwell, (escritor marxista,) llegó a Barcelona en diciembre de 1936. En su excelente libro Homenaje a Cataluña, cuenta la extraña impresión que le produjo esa ciudad. Sin embargo, sabía (porque no paraban de decírselo) que, desde julio, las cosas habían empeorado mucho:

«Los anarquistas aún dominaban virtualmente Cataluña y la revolución se encontraba en su apogeo. (...) Casi todos los edificios de cierta importancia habían sido ocupados por los obreros, y sus fachadas estaban cubiertas con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; en todas las paredes se veían la hoz y el martillo, y al lado, las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todas las iglesias habían sido saqueadas y las imágenes quemadas y algunas de ellas estaban siendo sistemáticamente demolidas por cuadrillas de obreros.

Todas las tiendas y cafés exhibían un letrero en el que se decía que habían sido colectivizados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas pintadas de rojo y negro (...) Las expresiones serviles o simplemente respetuosas habían desaparecido temporalmente. Nadie decía señor o don, ni siquiera usted; todo el mundo trataba a los demás de «camarada» y de «tú» (...) No había coches particulares, todos habían sido requisados, y todos los tranvías y taxis y la mayoría de los demás transportes públicos, estaban pintados de rojo y negro (...) A lo largo de las Ramblas, la amplia arteria central de la ciudad, donde riadas humanas subían y bajaban sin cesar, los altavoces atronaban el aire con canciones revolucionarias durante todo el día y hasta bien entrada la noche. Pero lo más sorprendente de todo era el aspecto del gentío. A juzgar por su exterior, era una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. Exceptuando a un reducido número de mujeres y de extranjeros, no se veía a gente “bien vestida”. Casi todo el mundo llevaba ropas muy sencillas, propias de la clase trabajadora, o monos azules o alguna variante del uniforme de los milicianos. Todo aquello resultaba extraño e impresionante. (...) Por encima de todo, se creía en la revolución y en el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista.»

Estos fragmentos que no hablan de las comunas en el campo –donde se trató de abolir el dinero–, sirven para darnos una idea de cómo la lucha revolucionaria, encarnada en las multitudes y sus aspiraciones, se estaba concretando por un impulso que encontraba fluidez en las intencionalidades y en la voluntad. Era la organización social sin gobierno sobre la cual, la tendencia a organizar con pretensiones de dirigir, - y mientras se sentaba a negociar con las instituciones y actores del poder-, no podía significar otra cosa que un freno al impulso creador, la muerte de la revolución.



FRENTE COMÚN ANTIFASCISTA, ACEPTACIÓN DE LA LÓGICA DEL “MAL MENOR”

El fascismo es, aunque parezca lo contrario, complementario de la democracia: tanto una como otra –democracia y dictadura-, son formas de gestión desde el Estado, instancias de la política que, lógicamente, defenderán a la estructura de gobierno en la que toman cuerpo.

Por supuesto que no es lo mismo vivir bajo el totalitarismo que bajo una democracia: esta última es una herramienta para generar consenso y tolerancia hacia la explotación, y por lo tanto tiene que generar cierta ilusión de libertad, por lo cual en ella se tendrán (hasta cierto punto) mayores posibilidades de difusión de ideas, manifestarse y protestar, etc... sin embargo es necesario tener siempre presente que no podemos quedar atrapados en el planteo de “la democracia es mejor” porque de hecho lo es pero para el control de la sociedad y la gestión “más humana” del capitalismo: al generar la ilusión de libertad y el consenso, llamando a la participación de la sociedad en la política, camufla la naturaleza opresora de la gestión desde arriba, desde el gobierno.

La sublevación de los fascistas se percibió como confrontación contra la izquierda, cuando en realidad responde a una instancia más profunda y general en aquellos años: (Fascismo en Italia, Nazismo en Alemania, Franquismo en España, Estalinismo en Rusia... también -1930- dictadura de Urriburu en esta región) regimenes totalitarios que se advenían para eliminar las posibilidades revolucionarias que excedían la contención democrática. Y esas posibilidades revolucionarias son en el sentido de la libertad que rompe contra la jerarquía, es en la organización social sin gobierno, de lo anarquista, que en su definición clara no tiene nada que ver con la izquierda, (precisamente este término, izquierda, ejemplifica la condescendencia de las ideologías autoritarias: tanto izquierda como derecha son expresiones desde el poder –manos de un mismo cuerpo, el Estado-; para la gestión democrática o dictatorial de las relaciones jerárquicas y la consecuente explotación de unas sobre otras).

De hecho, el pueblo en armas en las calles no surge de la nada: fue producto de la gimnasia revolucionaria impulsada por los anarquistas (cuyas ideas habían calado hondo correspondiéndose en el pueblo de esa región desde los años de la primera Internacional), quienes habían llevado adelante una serie de intentos insurreccionales y que impulsaban (y contenían) un fuerte movimiento obrero a través de la anarco-sindicalista Confederación General del Trabajo (CNT) ligada a la organización específica (creada como cuerpo de autodefensa contra la represión), la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Así el “pueblo en armas” era una concepción de ruptura con el ejército, contra la militarización; y su presencia en las calles estaba impregnada del ímpetu anárquico y solventada en la experiencia de huelgas insurreccionales, del enfrentamiento armado de los trabajadores contra los matones de la patronal y la policía.

Por eso, con una fuerza social anárquica y en armas tomando las calles y los campos realizando la revolución, hablar de todo esto como “guerra civil” resulta reduccionista y pernicioso. Reduccionista porque la voluntad, la convicción, la intencionalidad de esas multitudes en el campo y la ciudad eran profundamente revolucionarias, materializándose en múltiples formas, gestos, construcciones y destrucciones concretas, impulsadas y realizadas en la dirección de la revolución social. La idea de guerra y la consigna de “ganar la guerra para después hacer la revolución”, fue y sigue siendo una concesión a quienes se mueven en el marco de la guerra: los políticos y militares. Reducir la revolución social y toda su creatividad y fuerza encarnada en las oprimidas en revolución al enfrentamiento armado entre “civiles” y en los términos de la guerra, es aceptar el lenguaje, el concepto y la práctica que pretende el enemigo (el Estado) en su intención de reducir y negar la realidad concreta de los acontecimientos revolucionarios desnaturalizándolos y tergiversándolos, encerrándolos en sus conceptos y lógicas.

La aceptación por parte de las organizaciones (que llegado el punto pueden verse como instituciones) del movimiento (CNT, FAI) de los términos de una guerra, sumada a la consideración positiva sobre la democracia (y la práctica política en la que entraron o que portaban

esas organizaciones) llevo a la CNT-FAI (o a sectores de esta, lo que para el caso sería lo mismo: la posibilidad que tiene una expresión orgánica de asimilarse a practicas contrarias) a formar parte del Estado aceptando la lógica del “mal menor”: la suposición de que si no se actuaba conjuntamente con los defensores del Estado (de izquierda) se podría perder la lucha. En el marco de esa convivencia entre los delegados de las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas con las expresiones del Estado que eran los partidos políticos liberales y marxistas (convivencia posible gracias a la democracia y la lógica política como factor común) en el Frente Antifascista...es que cobra impulso detrás de “la misma barricada” la negación contra la posibilidad anarquista (cuestión obvia: los partidarios del Estado no buscan la destrucción del Estado): el freno a la revolución que el pueblo había impulsado sin permiso de nadie y que los anarquistas habían tratado de desarrollar siempre.



ORGANIZACIÓN, ANARCO-SINDICALISMO, PODER, BUROCRACIA

Organizarse en instancias multitudinarias tiene sus evidentes dificultades, pero quienes nos asumimos por la anarquía sabemos que es lo que NO queremos reproducir: la autoridad, la dinámica dirigentes-dirigidas, una cultura delegacionista que da lugar a instituciones que se harán cargo de la gestión de la vida en detrimento de la fluidez de los vínculos directos. A modo de ejemplo de lo que se busca en el intento de romper con las lógicas predeterminadas: “organizarse en instancias multitudinarias” no es lo mismo que buscar crear una “organización de masas”. En esta última se reproduce una óptica común a quienes tienen la pretensión de ir a organizar y hacen de eso su proyecto (las “masas” son esa fuerza que todos, desde el poder o hacia el poder, quieren encuadrar y dirigir: multitud de personas, fuerza social, pero que la misma definición de “masas” plantea como algo maleable, a lo que uno puede darle forma).

Una visión coherente con la ruptura que buscamos (coherente hacia la anarquía remarcando desde la práctica contra lo que no queremos) es la de la multitud que se vincula y puede organizarse a sí misma, en libertad, sin autoridad, y ahí en esta misma aspiración se debe contemplar aquello que puede impedir esa organización espontánea (sin injerencia jerárquica): lo que impide que la organización libre surja y se extienda es precisamente, la presencia del poder en múltiples formas: como cultura, como aprendizaje colectivo generación tras generación, como militantes de partidos políticos que no quieren la autoorganización sino encuadrar en las organizaciones a las que pertenecen, como policía y agentes estatales que en todo momento buscarán sabotear los procesos de autoorganización.

La lógica complicación, puede verse claramente en el sentido de que el poder (lógica, práctica, herramientas, estructura del hacer sobre otros) busca ser hegemónico sobre la vida, por ende sobre la organización social: está presente en las formas de ser, atraviesa los vínculos. Por esto un proceso de lucha contra eso debe romper con esa

inercia (la reproducción del poder), revolucionar las relaciones, abrir otras posibilidades organizativas... si algo se estanca será arrastrado por las dinámicas del poder, si algo crece mas allá del punto en que los mismos implicados puedan resolver se sientan las bases para la naturalización de los vínculos mediados, indirectos, lo que hace que una organización termine siendo más importante que la necesidad, el motivo, la finalidad de la vinculación. En este sentido, una vez que se pusieron en marcha procesos de liberación es necesario potenciarlos defendiendo y pronunciando más y más las necesidades de tensión con las formas que marca el poder: la autonomía debe cargarse de una finalidad claramente revolucionaria (definiendo el objetivo, finalidad, enemigo: liberación efectiva contra toda acción y organismo que atente contra esa liberación, ninguna concesión a las fuerzas del poder), de lo contrario quedara a merced de procesos y dinámicas mediante las cuales el poder como entorno, socava, roe, infiltra, absorbe.

La organización de la lucha que marcó el proceso revolucionario en la España del '36 era la expresión anarco-sindicalista, lo que parece lógico en aquellos momento marcados por la clara polarización de clase que determinó movimientos obreros en todas partes del mundo, en los cuales los anarquistas (surgidos también en esa misma conflictividad) buscaban profundizar y sostener la finalidad revolucionaría. Contra esto el Estado puso en práctica las reformas con las que apaga la conflictividad: la realidad actual de derechos laborales es en realidad un maquillaje sobre la brutalidad de la explotación, las “conquistas obreras” son concesiones brindadas por el propietario (el Estado) para aplacar las movilizaciones que tiendan a lo revolucionario: en aquel contexto los obreros trabajaban para sobrevivir mientras la burguesía se mostraba en la opulencia, lo que hacía de motivación de la lucha que se construía en la identidad de clase. Las huelgas y organizaciones obreras eran reprimidas asesinando obreros, lo que generaba a su vez instancias de autoorganización: para sostener huelgas, para defensa de los organismos reivindicativos, para asistir a las familias de los trabajadores muertos o presos, etc).

Sin embargo, desde una visión abierta hacia las posibilidades de organización un movimiento de sometidos al trabajo no tiene por qué traducirse necesariamente en organizaciones sindicales: pueden

haber otras formas, otras particularidades, otras determinaciones. Por ejemplo: las asambleas autónomas de trabajadores en ruptura con los sindicatos y con los partidos políticos en la región de España y otras partes de Europa en la década del 70, y antes, la Federación Obrera Regional Argentina asumía la posibilidad de actuar desde los sindicatos en tanto expresión surgida de los obreros, pero señalaba el peligro de confiar al sindicato la gestión de la sociedad después de la revolución en tanto eran órganos surgidos en el capitalismo para la lucha por reformas (el papel directivo del sindicato lo acerca a la función de un partido), y a su vez definía su base orgánica en las “sociedades de resistencia”, resueltas con formas y aspiraciones distintas al sindicalismo...sin embargo la dinámica de los movimientos multitudinarios en organizaciones estables (que no se salvan de la infiltración, de la influencia de grupos de poder), y los procesos mismos (delegacionismo, autoridad moral, estratificación...)... hacen de las organizaciones sobre las multitudes un factor de inmovilismo. En el caso de la FORA, frente a un punto de inflexión, no funcionará como lo había hecho en momentos de revueltas e insurrecciones anteriores: frente al golpe de Uriburu no convocó a la huelga general, llamado que se esperaba del “consejo federal”. Pero que tampoco salió de ninguna otra parte. Situaciones de este tipo, decisiones importantes en momentos decisivos (que la multitud espera sean tomadas correctamente por la organización que al fin de cuentas la representa), son las que determinan el avance de la lucha revolucionaria (aunque se tengan las de perder) o el avance del poder sobre el cuerpo de la lucha: la dictadura aprovecho el momento dubitativo y realizó aquello para lo que estaba en marcha: apresó, asesinó, deportó y destruyó la estructura orgánica del movimiento obrero revolucionario, asestando un golpe mortal al anarquismo en esta región. En la región española, situaciones de este tenor se repiten: dentro de la CNT (aceptación del sindicato como órgano directivo, aceptación de ciertas personalidades como “liderazgos naturales”, burocracia –por la dinámica de la organización de masas, por ser sindicalismo-; burocracia que juega un papel determinante en las elecciones y acciones realizadas que determinaron el triunfo de la fuerza contra revolucionaria.

POLÍTICA, TÁCTICA, ESTRATEGIA, FRENTE COMÚN, CONTRARREVOLUCIÓN

Las organizaciones CNT y FAI se encargaron, al inicio del intento de golpe de Estado por los fascistas, de la agitación y la conformación de milicias para los enfrentamientos. Pero de hecho, la revolución social fue puesta en marcha por el pueblo, la población anarquizada, sin esperar ni seguir órdenes de organización alguna. Sin embargo los delegados de la CNT-FAI, en tanto representantes del movimiento no impulsaron la negación definitiva contra el Estado que se mantenía vivo en los organismos políticos de distintas tendencias que podrían gestionar un gobierno y reconstituir al Estado; por el contrario, entraron en una práctica de tolerancia y colaboración con los políticos, con el Estado mismo, del que pasaron a formar parte con la excusa de que desde allí se podría ayudar más y mejor a los milicianos.

El frente común entre el anarquismo y la izquierda o los demócratas, no puede significar otra cosa que la destrucción de la posibilidad anarquista. ¿Por qué durante la revolución rusa la Alemania invasora acepta dialogar con los bolcheviques y firmar la “Paz de Brest-litovsk”? Porque los bolcheviques se erigían en representantes de la revolución, querían ese reconocimiento internacional a nivel de entidad Estatal y eso para el Estado alemán significa un freno a la autoorganización en la revolución rusa, un freno al caos revolucionario que puede extenderse a otras regiones y que frente a la avanzada del ejército regular opondría una imparable “guerra de guerrillas” (como la de los insurgentes Macnovistas que derrotaron la avanzada alemana y zarista al mismo tiempo para después ser emboscados y masacrados por los bolcheviques, quienes organizaban la fuerza armada en un ejército regular). Del mismo modo: ¿Por qué las fuerzas políticas en España clamaron por la participación de dirigentes de la CNT y la FAI en el frente común antifascista? Para frenar la revolución social y salvar al Estado. Porque: o existe una fuerza social anárquica que impone la libertad destruyendo la estructura estatal, o esa fuerza será combatida y destruida por los defensores del Estado.

Así la CNT-FAI -que durante años había agitado por la revolución- jugo un papel contrario a la revolución al entrar al campo de la política y reproducir dinámicas de poder como institución en relación a la fuerza social: participó en la creación de organismos estatales que institucionalizaron las colectividades para la regulación de las comunas campesinas, destruyendo la iniciativa espontánea con la que venían desarrollándose. Y con el pretexto de estar a la altura del enfrentamiento frente al ejército regular, se les impuso a las milicias que debían aceptar la disciplina militar o disolverse, lo que respondía a la búsqueda del Estado de suprimir “el pueblo en armas”.

Estas cuestiones generaron importantes conflictos entre los anarquistas y las organizaciones, en una situación que resultaba compleja de resolver al calor de los acontecimientos: con los compañeros en el frente, los burócratas tomaban decisiones en la retaguardia. Y siendo que las organizaciones CNT-FAI (y al interior de estas sus referentes) tenían una larga trayectoria, contaban con el respeto de las multitudes. La aceptación de los “liderazgos naturales”, fue al fin la aceptación de que existan algo así como “cuadros dirigentes” pero con bandera anarquista, y que las organizaciones funcionaran como instancias de poder sobre la iniciativa revolucionaria, controlándola, frenándola, reprimiéndola.

Las relaciones orgánicas posibles a partir de la rebelión contra el poder, son experiencias abiertas de sociabilidad que se libera ligadas a la convivencia misma, en un sentido comunitario, la satisfacción de deseos y necesidades. La lógica política (sea la política, o lo político), el concepto y toda la concepción práctica que termina englobando, es algo creado en el entramado que hace a la gestión desde arriba, que se aplica desde afuera y sobre las instancias de sociabilidad definiéndolas para mantenerlas atravesadas por el poder, o para contrarrestar las instancias de liberación: no por nada el término política fue acuñado en la polis griega -ciudad-Estado- y explicado históricamente como “el arte de gobernar”, a la vez que la guerra fue definida por algunos y asumida siempre como “la continuación de la política por otros medios”.

La militarización impuesta desde el Estado con la connivencia de la CNT fue resistida por las milicias anarquistas, a las que, en último término se les impuso la realidad de militarizarse aceptando el mando, la disciplina y otras prácticas de un ejército regular o disolverse.

El Estado se había vuelto a reconstituir y fortalecer, principalmente por la acción profesional de los cuadros del Partido Comunista, que se hicieron con cargos estratégicos, imponiendo sus condiciones técnicas y militares. Crearon una policía política que eliminó selectivamente a militantes anarquistas y otros contrarios a su línea. Atacaron las colectividades y devolvieron lo expropiado a los burgueses: la tendencia del comunismo en la práctica de los obreros y campesinos, directa, espontáneamente y contra el Estado no se adaptaba a su concepción marxista y por lo tanto debían ser destruidas.

Contra el avance claramente revolucionario de los estalinistas estalló una contra ofensiva revolucionaria con motivo de un ataque sorpresa al edificio de comunicaciones gestionado en parte por milicianos anarquistas, desatando una serie de enfrentamientos (conocidos como las jornadas de mayo del 37) que estaban impulsados nuevamente por el ímpetu revolucionario. En esa instancia se puso sobre la mesa la cuestión: revolución o contra revolución, pero la CNT-FAI desde el entramado del hacer política llama al entendimiento, al cese de los enfrentamientos.

El marxismo en su versión estalinista, con experiencia, astucia y medios, se hizo la facción más activa dentro del frente sabiendo llevar delante de forma efectiva todo el arsenal de la política: tácticas, estrategias, democracia, guerra... así terminó de abrirle la puerta al triunfo de los fascistas para realizar la contrarrevolución, afirmar y defender al Estado.

*Texto elaborado por Organización sin Autoridad
para la actividad “Charla sobre anarquismo”
realizada el 2 de agosto del 2015 en Quilmes, Bs As.*